



Cuadros del Cine

¡Ya llega el verano!
 En la cinta de la vida comienzan a aparecer los cuadros de la carne.
 En las calles, en los teatros, en los cines, en las playas, sobre todo en las playas, se ahorra la tela cuanto se puede, un poco más cada año hasta hacerle la competencia a nuestra madre Eva...

Esas niñas, dos jovencitas de quince años, acaban de llegar del Colegio...

Vienen con su traje de colegialas, que por abajo cubre las rodillas y por arriba cerca hasta la garganta y por los brazos llega casi a las muñecas...

Mirad sus rostros, candorosos como de ángeles; sus ojos, dulces y serenos como la luz de suave aurora... Es la inocencia..., es la pureza...; es la belleza sobre la cual aun vuelan las blancas palomas de los pensamientos limpios y de las ansias ordenadas...

Rafael las hubiera elegido para sus *Madonnas*; Murillo para sus Inmaculadas; la musa lírica del cristianismo para sus vírgines...

Les han cambiado el vestido... Mas, todavía, el candor intenso ilumina sus ojos y sus rostros... Es una luz que se trasparenta al través del cendal mundano.

Pero ¡ay! ese cendal cada vez se hace más tupido; y cada vez también se va apagando más la luz.

¿Y estas son aquellas?
 Ni sus ojos, ni su rostro, ni su an-

dar, ni su vestir, ni sus pensamientos, ni sus deseos...

Vuelan negros cuervos sobre sus cabezas; las siguen aguiluchos de pico retorcido...

Aquellos angeles de ayer son carne ambulante hoy...

Ayer el cuerpo se parecía al espíritu; hoy el espíritu se parece al cuerpo...

Semidesnudas, descocadas, holgazanas, van por las calles y por las playas convertida su belleza en escaparate ambulante... que lleva tras sí las miradas y los apetitos de todos los concurrentes al mercado...

Pasan por delante de una Iglesia... Se acuerdan por un momento de los años de su Colegio...

Y con los brazos desnudos trazan una cruz sobre sus impúdicos pechos...

Se detienen... Y a ellas llegan las palabras de un predicador que exclama:

«Decid a vuestras amigas de parte de un Obispo católico, que si se obstinan en lucir desnudeces, que no se acuerden de Cristo, ni para rezarle, ni santiguarse, ni visitarle, ni mucho menos recibirle...»

¡Se han ruborizado!
 ¿Huiran los cuervos y los aguiluchos y volverán las castas palomas que arrullaron sus años en el Colegio?
 ¡Si cubren sus desnudeces, sí!

L. Almarcha

¡Ay de aquel que escandalizare; más le valiera no haber nacido.

Lo mismo que el Papa (Cuento de pésame)

De las "Memorias de Mosén Blás"

En mis obligaciones de cura rural y de ciudad se incluye la obra de misericordia espiritual que manda "consolar al triste".

No siempre es agradable esta misión, primero porque el formulario, de puro usado, está lleno de lugares comunes y hay que decirlo en frío o con calor, según la temperatura psicológica del momento. Segundo, porque ciertos consuelos de carácter sobrenatural, dichos a personas de poca fe, las pone en condiciones de decir algún disparate contra Su Divina Majestad, y entonces, me siento Uzcudun y cierro los puños por instinto. Y tercero, porque no sabe uno si aquella caras largas y las lagrimitas que corren verticales por el rostro son sinceras o prestadas por algún cocodrilo.

Don Abdénago Bustamante se murió en mi parroquia, y se murió *sine crux, sine luz y sine comédere Deum*, como decía un fraile lego que conocí en mis mocedades. Sentencia, que traducida al castellano corriente quiere decir, que le dió un patatús, que perdió el conocimiento, que se fué en dos horas, que me llamaron tarde y que desde que se casó no le había visto en la iglesia, si no es un día que diluviaba, y por no tener paraguas, se refugió en el atrio.

Sólo sus dos hijas se dejaban ver alguna que otra vez por la iglesia. Cuando recibí el aviso del patatús de don Abdénago, acudí al trote con todos los adminículos de la última hora, pero hallé al paciente más muerto que su abuela y frío como carne de frigorífico. Le eché un responso lleno de distracciones. Días después juzgué que debía dar mi pésame a las dos huérfanas. Preparé mi formulario de consuelos, que fui repitiendo desde la casa parroquial hasta la puerta entornada del difunto señor Bustamante. No he sabido acostumbrarme a espetar las frases de pésame, siempre que lo doy a algún cliente. Me cuestan sudores encajarlos en la conversación.

Solté la primera frase consolatoria, que me salió bastante bien.

—¡Cuánto deseábamos su consuelo!—dijeron a duo. (Mentira, porque tardaron en salir a la sala y me las vi muy pintaditas).

Y prosiguió la ménos jovén:

—¡Qué vacío ha dejado en esta casa! (Mentira, apenas si le veían en ella para dormir. El casino y la política vieja le ocupaban el día y la noche).

—Sí, sí, un gran vacío—dije maquinalmente.

—Eramos su sueño dorado. (Mentira. Sé de buena tinta que les dió más de un sopapo cuando volvía chispo).

—En efecto, su sueño dorado—añadí como un eco.

—¡Qué religioso, que discreto, todo un caballero! (Tercera mentira; no, digo mal, tres mentiras en ramillete; porque fué canalejista, sembrador de ajos cada tres palabras y de otras berzas ofensivas a Dios y prestaba al cien por ciento).

—Fué un santo, señor cura, un santo, sin más pío que sus hijas.—(Además del piar por sus hijas, sentía debilidad por las botellas.)

—¡Un santo, un santo!—y estuve a dos dedos de añadir.—por qué no introducen la causa de su beatificación?

—En fin un gran consuelo nos queda en medio de nuestro dolor.

—Que se habrá ido derechito al cielo ¿no?—dije con toda mi malicia cazurra. No quise insinuar que su único consuelo eran las acciones bien rentadas y el capitalito saneado y limpio de polvo y paja, aunque no conseguido con limpieza de conciencia.

—No don Blas, eso se supone. El mayor, el único consuelo es que se murió de la mismísima enfermedad de que murió el Sumo Pontífice León XIII.

—¡Ah...!

Me di un pellizco, cuyo moretón me duró ocho días. Y al salir de estampía de aquella casa tan consolada, solté en la calle tres ¡ja, ja! tan ruidosos, que la gente al oírme debió pensar: "este cura se ha vuelto loco."

Pedro de Arlanza

¡Mayo!

Ya Mayo ha venido.

Después de los tristes y brumosos días del helado invierno, llegó la sonriente primavera, cubriendo montes y valles, campos y huertas con su aterciopelado manto de oscuro verdor.

Madruga el sol que radiante surge del fondo del mar, derramando torrentes de luz deslumbradora sobre la inmensa alfombra que forman los sembrados, salpicados de encendidas amapolas.

Cantan los pájaros en la arboleda el himno de la mañana, volando entre el verde ramaje que les brinda delicioso

abrigo, donde forman el nido de sus amores.

Sube en alas de la brisa suave el delicado perfume de las naranjas en flor, y se embriaga el alma en un ambiente nuevo de misteriosas e inesplicables ternuras.....

* * *

Mayo es el mes de las flores.

En los andenes de los jardines, lo mismo que en los tiestos colocados en ventanas y balcones, los geráneos, los claveles y las rosas lucen los suaves matices de sus pintadas corolas.

Las flores, hijas de la primavera, gala de la creación y ornamento de la naturaleza, guardan perfecta armonía con las bellas ilusiones y dulces sentimientos del corazón que despierta a la vida juvenil.

¡Cuántas flores nacen al llegar la primavera y cuántas ilusiones brotan al calor del corazón por el cual no ha pasado aún el soplo helado del cierzo del desengaño!

Mayo es también el mes de la Virgen.

La incomparable hermosura de la flor de las flores resalta en el jardín de los cielos, porque tiene todas las gracias, todos los dones y todas las virtudes que a una criatura puede dar el mismo Dios.

Radiante de gloria, la blanca Azucena recibe en nuestros altares todas las ofrendas que le queramos presentar, el aroma del incienso, el perfume de las flores, la armonía de los cánticos y la mística ofrenda de nuestro pobre corazón.

Volad, pues, al trono de María, miradas de mis ojos, plegarias de mis labios, suspiros de mi pecho.

Rendíos a sus plantas, ideas de mi mente, quereres de mi alma, memorias de mi vida; y sólo ya por ella en este mes de Mayo mi pobre lira exhale las notas melodiosas del himno del amor.

J. Maciá.

El Plantel

En un banco de la escuela se sientan tres niños, Pedrín, Julián y Felipe.

A Pedrín ya le conocemos, es nues-

tro amiguito, es el niño aplicado y bueno como Toñín, que también es nuestro amigo.

Julián es un niño perezoso y holgazán y Felipe un revoltoso y malo que no tiene el diablo por donde desahucarse.

El maestro pregunta a Felipe:

—¿Qué reyes notables hubo en España en el siglo XV?

Felipe contesta cualquier cosa, sin apurarse.

—Mal contestado—le dice el maestro.

Luego pregunta a Julián.

Julián baja la cabeza y se calla como un muerto.

—Malo—dice el maestro—tampoco sabes la lección.

Después preguntó a Pedrín.

Pedrín contesta con claridad y acierto.

—Así me gusta—dice el maestro—y anota en su cuaderno dos malas notas a Felipe y a Julián y una buena a Pedrín.

—No tenéis más que malas notas—les dice a éstos—, no seréis nunca nada.

El maestro tenía razón, Felipe y Julián, salieron de la escuela casi sin saber nada, malamente escribir, leer y contar.

Pedrín salió sabiendo bien cuanto le enseñaron.

Y pasada la primera juventud empezaron los tres a tener que luchar por la vida.

Y Felipe fué toda su vida un tarabana que picó en mil salsas, sin poder aprovechar ninguna, pues a más de faltarle formalidad le faltaba instrucción y al fin y al cabo acabó de mala manera por holgazán y trapionda, dando con sus huesos en la cárcel.

Julián fué siempre un zote; torpe y holgazán, tampoco paraba en ninguna parte y siempre ganaba poco y a temporadas, porque para nada servía y al fin acabó pidiendo limosna y por último en un hospital.

El maestro, que como todos los maestros, entrevén el porvenir de los niños, según lo que hacen en la escuela, había adivinado el porvenir de Felipe y Julián.

No fué así el porvenir de Pedrín; entró en la vida preparado con todo el bagaje de fe y de buenos sentimientos que se necesitan para vencer que le dieron el párroco, el maestro y sus padres y en la vida luchó y venció y se conquistó un alto puesto que le permitió acabar sus días en una posición holgada y noble, rodeado de su familia cristiana y buena.

Todo porque desde la escuela aprendió el mejor camino.

CASOS Y COSAS

Cuando empezaron los alborotos estudiantiles, pensamos: pero ¿estos jóvenes no tienen padres?

Y si tienen padres ¿es posible que permitan que sus hijos sean juguete de profesores traviesos que han convertido sus cátedras en barricada o en tribuna revolucionaria?

La sangre moza es fácil a la sugestión; pero ¿es que los padres no se han dado cuenta de que deben defender a sus hijos de las malas sugerencias ajenas como los defenderían del microbio de la tuberculosis o del tifus?

Los padres, los buenisimos padres de los estudiantes no aparecían por ninguna parte.

Algunos, meticulosos, llamaban a sus casas a sus hijos, y estos, si querían o si podían, acudían al llamamiento paterno.

Digo si querían porque muchos profesores les habían enseñado en las clases la rebeldía...

Digo si podían, porque algunos habían dado tantos pasos adelante que habían dado con sus huesos en la cárcel...

Por fin han aparecido, creo que en Salamanca, los padres de los estudiantes. Y han dicho: nosotros los padres de esos jóvenes vamos a ejercitar nuestros derechos. Somos la autoridad paterna.

¡Santo cielo! Todo el mundo se ha pasmado de esa valentía.

¡Vamos, señores, que hay motivo para ello!

Tanta dejación han hecho los padres de su autoridad sobre sus hijos y sobre los maestros de sus hijos, que la gente oye hablar ya de la autoridad paterna como de cosa rara...

Es lamentable, muy lamentable que haya sido necesaria una explosión tan recia para que muchos durmientes se hayan despertado.

¡Y quiera Dios que despierten todos!

—
Todo fiel cristiano está obligado a guardar lo mismo que los domingos, los días festivos.

Lo menos que se puede pedir en un país civilizado es que a los ciudadanos se les deje en libertad de cumplir sus deberes religiosos y a guardar los preceptos que obligan a su conciencia.

Y ese deber de respetar la conciencia aumenta cuando ese país civilizado es católico y los ciudadanos, católicos también.

¿Es eso claro y terminante?

Pues los Comités paritarios de Madrid y alguna otra parte han determinado que se trabaje los días festivos, menos el día de Navidad, y que si algún patrono no quiere que se trabaje, que paguen los jornales.

Y que el obrero que quiera ir a misa que se exponga a que le den por roto el contrato de trabajo y se quede sin el pan necesario.

El día del Corpus; de la Inmaculada; de todos Santos; de San José etc. ¡a trabajar!

Mas el día 1.º de Mayo a reposar: ese día es festivo; una festividad laica.

Y los católicos pensando que vivimos en Jauja.

—
¿No habíamos quedado que cuando se hablaba del parlamentarismo y del sufragio universal y decíamos que todo eso estaba corrompido había que exceptuar a Inglaterra?

¡Es una conquista inglesa, que allí vive en toda su pureza y con todo el prestigio!

Pues no hay tal...

Ahora llega el airecillo de las elecciones que van a descargar en Inglaterra y dicen que aquella olla está tan podrida como en cualquiera nación latina.

El candidato que aspire a triunfar debe llenarse los bolsillos de libras esterlinas y sino retirarse a su casa.

Para una campaña electoral regularmente organizada se necesitan por lo

menos millón y medio de libras esterlinas: ¡más de cuarenta y cinco millones de pesetas!

Ahora bien, que la compra de los votos son nimiedades.

Bueno, pero que no nos digan que el sufragio no está corrompido mas que en las naciones latinas.

La única diferencia es que por estas tierras los votos son más baratos.

A veces hay bastante con un vaso de vino...

Ultimamente esto es mejor...

—
Se acabó lo de Tacna y Arica.

Ya no leeremos en la prensa diaria el consabido telegrama de Tacna y Arica.

Los documentos que contienen la solución han sido llevados por nuestros gloriosos aviadores Iglesias y Jimenez en su avión Jesús del Gran Poder.

—
En Méjico rebeldes y gubernamentales continúan dándose mutuos disgustos.

Los rebeldes han sido sometidos, según el Gobierno una porción de veces; llevan más muertos que mejicanos existen y más prisioneros que en la guerra europea.

Los gubernamentales o callistas han festejado su entrada en Chihuahua convirtiendo la iglesia parroquial de S. Lorenzo en cabaret y han celebrado un baile vistiéndose con los ornamentos sagrados.

Después nos hablarán de que los gobernantes de Méjico son unos buenos señores, respetuosos con todo el mundo y que los rebeldes son unos descontentos y los católicos unos inadaptados.

No será extraño que algún católico proteste de esa profanación y entonces el Gobierno o los tribunales mejicanos lo declaren enemigo del estado y de la patria y lo manden fusilar.

La prensa izquierdista saldrá como otras veces diciendo:

¿Y porqué esos católicos no se someten?

¡Ellos tienen la culpa!

Que los ahorquen o los fusilen.....

A. Hernán

Las modas

Cómo hablan los Sumos Pontífices

León XIII, en el breve dirigido a Mme. María Centelles, escribía: «El lujo absorbe el tiempo que debe emplearse en obras de piedad y caridad y en las obligaciones de familia. El lujo es «escandaloso y provocativo» en las reuniones brillantes, en los paseos, en los espectáculos; el impulsa al visiteo de casa en casa, so pretexto de las atenciones sociales y a entregarse a la ociosidad con todo el séquito de conversaciones indiscretas. El lujo es corruptor, porque alimenta deseos desordenados y consume los intereses que

se deben a los hijos y a los pobres. El lujo es causa de la disolución de la familia; porque divorcia a muchos cónyuges e impide la celebración de muchos matrimonios, por no estar conformes muchas veces en tomar sobre sí una carga de gastos tan enorme como exige el lujo de las señoras. El lujo es antisocial, porque la familia alterada por el lujo escandaloso envenena la sociedad y prepara irremisiblemente las calamidades que padecemos.

Benedicto XV condenó enérgicamente las modas indecentes diciendo que los inventores de las mismas, «inspirados por un sentimiento de corrupción,» contribuyen al desmoramiento general de las costumbres. **ES UN DEBER GRAVISIMO**—son sus palabras—insistir en este punto; por una parte, ciertas modas que hoy se estilan son perjudiciales a la sociedad porque disponen al mal; y por otra nos admira y espanta ver que los mismos que propinan el veneno, desconocen, al parecer su maléfica acción.

Las señoras y señoritas deben acabar con estas inmodestias, tanto por obligación personal, como por deber social..... Una buena madre no debe permitir que sus hijas sean esclavas de una moda que desdice de la honestidad..... Las señoras, cuando más elevada sea su categoría, tienen más grave deber de exigir que las demás no ofendan la modestia, con vestidos indecentes.»...

Y deplora este mal nuestro Santísi-

mo Padre el Papa actual con estas gravísimas palabras, pronunciadas en una alocución el 10 de Julio del pasado año:

«Hoy la mujer ofrece un espectáculo penoso, pues parece olvidar todas sus preciosas características de vergüenza y pudor en un ambiente de vanidad, del cual habla la Sagrada Escritura con terribles palabras.

Este falso feminismo de la mujer se aleja de Dios y es motivo de honda preocupación, pues no sólo las mujeres mundanas, sino también las que se tienen por cristianas, van apartándose de la vía trazada por Dios, y en sus conciencias se borran las nociones del bien, extraviando sus almas, que deben ser inmacuadas».

A las mujeres

Hermosas palabras del Cardenal Mercier

En nombre de la justicia divina, que por deber todos hemos de aplacar;

En nombre de la divina misericordia, que todos vosotros tenéis la misión de atraer sobre vuestro país;

En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que sufrió la ignominia de la cruz y derramó su sangre hasta la última gota para transformar y santificar nuestras costumbres;

En nombre de la fe de vuestro bautismo, que os ha hecho renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras;

En nombre de los corazones castos que la caridad os obliga a no herir, y de los corazones viciosos que la caridad os convida a recobrar hacia el respeto del Evangelio;

Finalmente, en nombre de nuestra alma que vale más que el mundo, según la palabra del Divino Maestro; «¿Qué os aprovechará ganar todo el mundo, si vuestra alma sufre detrimento?».

Os suplicamos que os vistáis con modestia, que seáis reservadas en vuestro comportamiento, que seáis castas en vuestros corazones.

Consecuencia muy natural

Lamentábase un padre de familia de que sus hijos le habían salido calaveras, y se quejaba amargamente de ello a un amigo cuyos hijos eran excelentes cristianos.

Después de oírle todas sus quejas, le dijo sencillamente:

—Amigo, sembraste abrojos, y ¿quieres ahora recoger buen trigo? Recuerda el refrán.

—¿Qué refrán?

—Aquel que dice: «el que siembra vientos, recogerá tempestades».

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, y nada más. Quisiste ser un padre de los del día, muy mun-

dano, muy amigo de las modernas libertades, y te van saliendo los hijos cortados según el patrón. Cuando niños, no cuidaste de que aprendiesen religión y buenas costumbres. De dónde las han de sacar ahora? De rezar nunca se habló en casa; tú y tu mujer no pensasteis más que en modas y en diversiones. Para la educación te daban horror los colegios de religiosos y de más de confianza, porque decías que te harían neos a tus hijos. Libros tuvieron ellos los que quisieron; compañeros, los que les antojaron; libertad, a placer; buenos ejemplos, ninguno. ¿Qué se podía esperar que resultara, sino lo que ha sucedido?

La golondrina y el gorrión

Estaba una golondrina ocupadísima fabricando su casa.

Un gorrión, asomado al alero del tejado le decía:

—Eso va muy mal, no dejes abertura. ¿Por qué la haces hacia abajo, en vez de hacerla como nosotros, encima del tejado, al abrigo de una teja? Mira que se te va a caer. Vaya, que eres torpe! Allí se te van a asfixiar los hijos.

—Está bien, hombre, está bien—le respondía la golondrina, mientras afanosamente continuaba su trabajo.

—Te advierto que yo te lo digo, por tu bien—insistía el gorrión.

Y mientras la conversación se desarrollaba de este modo, un fuerte chaparrón inundó en el tejado la casa del crítico, que arrasada por la fuerza del agua, cayó a la calle.

—¡Vaya! ¡Vaya!—dijo entonces la golondrina—¿Tu hermoso palacio estaba seguro? Pues más te hubiera valido cuidar de tu obra, en vez de censurar la mía.

Todos somos algo gorriónes. Censuramos las obras ajenas sin parar mientes en los defectos de las propias obras.

A P O L O G O

Un grueso bloque de mármol era conducido un día desde la cantera al estudio de un escultor.

Crujía el carro bajo la gran carga, y las ruedas rechinaban por el gran trabajo a que se veían sometidas.

Entonces la más parlanchina de las cuatro, aquella que rechinaba más, dijo despreciativamente a la gran piedra:

—¡Gran idea la de moverte del sitio donde estabas para ir luego... ¿Adónde?

El mármol respondió conplacido:

—Voy a convertirme en estatua.

La rueda habladora, añadió:

—Cuenta que primero habrás de sufrir los golpes del cincel.

Y el mármol para acabar la conversación dijo:

—¿Qué importa? A la gloria no se va sin fatiga.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela